

has ultrajado así a tu madre merece ser cortado». Expresión que, interpretando a la letra aquel joven rudo, apenas vuelto a su casa, coge un hacha y corta el pie culpable. A la vista de aquel espectáculo horroroso, la madre, loca de dolor, marcha en busca de San Antonio y le recrimina amargamente el consejo cruel que dio a su hijo. Soporta el Santo con paciencia los desahogos que sugiere a una madre el exceso de su pena, y se compadece de su dolor, y, queriendo justificar su conducta con hechos más bien que con palabras, la sigue a su casa. Allí, en la presencia del herido, junta el pie a la pierna y hace sobre la unión de los dos miembros la señal de la cruz. Al instante se adhieren los huesos y la carne, y Leonardo se levanta bueno y sano, mezclando las gracias al Taumaturgo con las alabanzas a Dios.

Una joven, a pesar de la lluvia no se moja

Estando una vez en Brive, sucedió que el Santo necesitó algunas hortalizas para preparar su comida y la de sus hermanos. Fray Antonio recurrió a la mesa de los pobres, pidiéndolas de limosna a cierta señora caritativa del lugar. Llovía en aquel momento a cántaros y la criada a quien dicha señora había mandado al huerto en busca de las hortalizas, dio muestras de desagrado ante semejante orden. Con todo, salió al huerto en busca de la comida de San Anto-

nio y sus compañeros, y cuál no sería su admiración y estupor cuando, a la vuelta del huerto, se encontró con que ni una sola gota de agua la había mojado.

San Antonio restituye a un joven los ojos y la lengua

Había en Padua un letrado que, dedicado a la magia, blasonaba de adivino sobre cosas ocultas y futuras, y gozaba de tanta fama, que lo tenían como a un profeta. Curioso un joven de saber los secretos y cosas futuras, se fue en su compañía a un lugar solitario. Le previno que no se asustase; y haciendo un círculo, entró en él y obligó al joven a entrar. El adivino comenzó a hacer sus conjuros, y al momento apareció un ejército de demonios de horrible figura. Espantado el joven, y no sabiendo cómo librarse del aprieto en que le había puesto su curiosidad, se acordó de San Antonio. Los demonios, irritados contra él por haber llamado a San Antonio, le sacaron los ojos y arrancaron la lengua, y se ausentaron con el adivino, dejando abandonado al joven. El miserable, viéndose solo y con tan grandes dolores, salió como pudo de aquel lugar, bien arrepentido de su curiosidad. Fue llevado a la iglesia de San Antonio, y, postrado ante su sepulcro, invocó como pudo al Santo, ayudado de los que se hallaban allí presentes. ¡Cosa maravillosa! Se celebraba

una Misa en el altar del Santo, y, al cantar el *Benedictus*, le fueron restituidos los ojos. Viendo el pueblo la maravilla, rogaban al Santo que completase la obra; y, al llegar al *Agnus Dei*, el Santo le restituyó la lengua. El joven dio gracias al Santo, se confesó, y todos dieron gracias a Dios por el beneficio otorgado al joven por intercesión de San Antonio.

Un joven se ve libre de la horca por invocar a San Antonio

Vivía en Nápoles un joven de familia muy noble y rica.

Cierta día, en una calle solitaria de la ciudad, apareció el cadáver de un hombre bárbaramente maltratado. La justicia buscó por todos los medios al criminal, pero sin éxito.

Fue la ocasión propicia para que unos enemigos del joven saciasen su venganza. Buscaron algunos testigos falsos y el joven fue condenado a la horca. La sentencia fue firmada por el virrey de la ciudad.

El día antes de la ejecución, el joven reo, viendo que la justicia humana le condenaba, acudió a la divina, invocando con gran fervor a San Antonio, de quien era muy devoto. Estaba aquel día el virrey muy ocupado y dio orden de que nadie, bajo ningún pretexto, entrase en su despacho. Pero he aquí que, cuando más atareado estaba, vio ante sí un fraile francis-

cano, el cual, después de saludarle cortésmente, le habló así:

—Señor Virrey: la causa que me trae aquí es advertirle que el joven que mañana va a ser ejecutado es inocente.

El virrey miró al religioso con curiosidad y, una vez repuesto de su natural sorpresa, le respondió:

—Padre, mucho me extraña lo que decís, pero, no obstante, por darle gusto yo daré orden de que se suspenda la ejecución hasta que la causa se haya visto de nuevo. Después de una pausa, dijo: antes de marcharse le ruego, Padre, me diga su nombre.

—Yo me llamo Fray Antonio, respondió el religioso, y, haciendo una profunda reverencia, salió.

Poco después salió también el virrey y, encarándose con los criados de guardia, les dijo:

—¿No mandé que nadie entrase en mi despacho? ¿Cómo, pues, habéis dejado pasar a ese religioso?

—Señor, dijeron los criados, nosotros no hemos visto a nadie.

El virrey quedó preocupado con aquella respuesta.

Aquella noche no pudo dormir, revolviendo en su imaginación la misteriosa visita.

Al día siguiente, apenas salió el sol, se dirigió al convento de los franciscanos, donde creía encontrar al religioso de la víspera. Llamó al Superior y le pidió hablar con Fr. Antonio.

—Señor, dijo el Superior, en este convento no hay ningún religioso que lleve ese nombre.

—¿Cómo que no, si ayer mismo estuvo en mi palacio?

—Mire Vuestra Excelencia, repuso el Superior, no le hayan engañado. Le aseguro que aquí no hay tal religioso. ¿Usted le reconocería, preguntó el Superior, si le viese?

—Sí, Padre, pues le miré detenidamente antes de salir de mi presencia.

—Vámonos, pues, a la sala capitular y allí le presentaré a todos los religiosos y usted mismo se convencerá que ha sido víctima de un engaño.

Al pasar por uno de los claustros, el virrey se detuvo ante un cuadro de San Antonio.

—Padre, dijo emocionado, no pasemos más adelante. Éste es el religioso que estuvo ayer en mi despacho. El Superior le miró conmovido.

—Señor Virrey, le dijo, dé gracias a Dios por el gran milagro que ha hecho con usted, pues San Antonio de Padua ha sido el que le ha visitado. El virrey estaba conmovido. Allí mismo se postró ante la sagrada imagen y prometió al Santo dar la libertad al joven por quien se había interesado.

Llegado a su palacio, hizo comparecer al reo y con palabras cariñosas le habló así:

—Joven, habéis escogido buen defensor. San Antonio de Padua ha hecho un milagro para probar vuestra inocencia.

Un niño cae a un pozo y se salva por intercesión de San Antonio

Albino Alfonso Mestre es un enfermero del Hospital Militar de Alicante y tiene domiciliada su familia en la Cañada de San Vicente de Raspeig. Está casado y tanto los esposos como los hijos son muy devotos de San Antonio de Padua. ¿Será extraño, pues, que el Santo de los Milagros les favorezca con especiales gracias y hasta con prodigios asombrosos?

Así calificamos el siguiente que relata el mencionado Albino:

—Habíamos ido todos, es decir, mis hijos, mi esposa y yo, a la estación a despedir a tía Dora, que había pasado unos días con nosotros y regresaba a su domicilio.

Al volver de la estación, pasamos por la finca llamada «El Pou». Mi hijo de tres años se separó, jugando, de sus hermanitos y fue a parar junto al pozo que hay en la mentada finca. Dicho pozo, que tiene doce metros de profundidad y tres o cuatro de agua de ordinario, está sin brocal, pero suelen cubrirle unas ligeras tablas.

Sea porque alguien quitara algunas de dichas tablas o sea porque lo hiciese el niño, lo cierto es que mi pequeño cayó al pozo sin ser visto. Oyóse, sin embargo, un golpe extraño y al niño que lloraba. Por esto lo localizaron los niños que, corriendo, acudieron entonces a comunicarlo al dueño de la finca, Paco Aliaga.

Ante el hecho, rápidamente penetró dicho señor en el pozo con los temores consiguientes, tanto mayores cuanto que no se le oía llorar ya. Mas al llegar al nivel del agua, reparó con gran alegría que el niño flotaba en la superficie de la misma como un corcho y sonreía como si nada hubiera acontecido.

Se comprende que, al ver al niño fuera de peligro, su alegría fuese enorme, como también el regocijo de todos y la admiración, ya que dentro del pozo había un motor con todos los hierros necesarios para su instalación y, a pesar de todo, el niño no presentaba ni un rasguño siquiera en sus carnes.

—La cosa es sorprendente y admirable de veras, pero ¿cree usted que ello es una fineza de San Antonio para con ustedes?

—Sí, estoy plenamente convencido que el Santo de Padua ha querido con esto premiar la devoción que todos le tenemos. El pequeño no podía acudir a su protección, pero yo sí.

Todos los días le encomiendo a mis hijos.

Por eso veo en esta gracia la mano prodigiosa del Santo Paduano.

III

San Antonio
defiende a los soldados



San Antonio y no el rey de España conquistó Orán

Era el año 1732. El rey de España Felipe V había enviado una flota a conquistar la plaza fuerte de Orán, que gemía desde el año 1708 bajo el dominio de los moros. El almirante don X. Mondenar, que iba mandando la expedición, trató, pero en vano, de persuadir al Rey de la imposibilidad, más que evidente, de conseguir la victoria. El Monarca mantuvo su decisión y el almirante tuvo que hacerse a la vela. Alicante era la primera escala. Mondenar se dirigió a la iglesia de San Antonio para encomendar su empresa al gran taumaturgo. Después de la Santa Misa, celebrada a esta intención, se hizo traer una escalera, que hizo apoyar en el hermoso altar en que se entronizaba una estatua del Santo, de la estatura de un hombre. Con asombro de todos los asistentes, el almirante mismo subió la escalera, colocó sobre la cabeza del Santo su sombrero empenachado, le ciñe su espada y pone en su mano el bastón de mando.

—Antonio —dice entonces en alta voz delante de todos los que ocupaban el templo—: sólo vos podéis tomar Orán.

Y posando su mano sobre la cabeza del Santo, añade:

—«San Antonio, desde este momento sois vos el almirante y yo vuestro servidor y vuestro soldado, que espera vuestras órdenes. En vos, glorioso taumaturgo, he puesto mi confianza, después de tenerla en Dios.»

Mondenar se hizo a la vela. Ya estaba Orán a la vista, y los soldados, formados en los navíos, esperaban el saludo de la artillería enemiga. Pero todo continuaba silencioso y tranquilo. Ni una salva descargaron desde la temible fortaleza; los españoles desembarcaron; pero, ¡oh sorpresa!, ni un enemigo aparecía; hasta las puertas de la ciudad estaban abiertas de par en par. Entraron en la plaza, pero con la mayor circunspección, temiéndose todos una tremenda emboscada. Reinaba profundo silencio. Al fin, algunos moros salieron de sus gazaperas y fueron llevados ante el almirante. Interrogados sobre su extraña táctica, contestaron, asustadísimos aún:

—En cuanto la flota cristiana estuvo a vista de nuestra ciudad, apareció en los aires, con gran temor nuestro, una poderosa armada, mandada por un franciscano, que llevaba en el pecho las insignias de almirante, un bastón de general en la mano, una espada al costado y en su cabeza un sombrero igual al que llevan los militares españoles de alta graduación. Al ver esto, grandes y pequeños abandonaron cuanto poseían y escaparon a todo correr.

Así fue cómo la ciudad fuerte de Orán cayó, sin combate, en manos del almirante Mondenar y del Rey de España.

La estatua de San Antonio, con las insignias del Almirantazgo, se ve aún en Alicante, y la veracidad de estos hechos ha sido confirmada en Roma en 1770.

San Antonio en Africa

Cuenta un soldado que, luchando en Africa, se vio rodeado de cuatro rifeños, que le hicieron varios disparos, de los cuales le alcanzaron cuatro: dos balas le perforaron la chaquetilla, y las otras dos dieron en su cartuchera, haciendo estallar sus municiones.

No sin gracia decía este bravo soldado:

—Mi salvación paréceme verdaderamente providencial; yo no sé qué pasó por mí; sólo sé que mi cuerpo parecía un triquitraque y que caí al suelo como atontecido. Uno de aquellos moros me dio una tremenda paliza con la culata de su fusil, lo que me hizo recobrar el sentido, y como tenía a mano el machete, me alcé del suelo y de un salto se lo hundí en la garganta y cayó a su vez «despatarrado y haciendo etcéteras con los pies». Los otros moros huyeron cuando vieron venir en mi auxilio a mis compañeros. Vivo de milagro; no sé si lo debo a esta medalla de San Antonio, que una señora me puso al cuello cuando embarqué...

Y mostraba, en efecto, una medalla del Santo de los milagros, que llevaba colgada de una cinta sobre el pecho y cubierta con la guerrera.

San Antonio entre los yankis

Entre los curiosos lances de la última contienda bélica, refiere el ingeniero E. D. Hobart que, habiendo desaparecido en cierto combate uno de los soldados hispanoamericanos y comunicada la pérdida a su madre por el departamento de Guerra, ésta, sumamente afligida, comenzó a pedir por él al Taumaturgo de Padua. Pasado algún tiempo, el mismo que había traído el anterior telegrama, volvió a Western Unión, con otro a la madre, en donde decía:

«El Departamento de Guerra tiene el placer de comunicar a usted que el 13 de junio, su hijo Salvador, se incorporó nuevamente a su batallón sano y salvo.»

Y precisamente el 13 de junio es la fiesta de San Antonio.

San Antonio y los prisioneros de guerra

La protección de San Antonio se extiende a todas las necesidades y no hay sector de la vida que no se beneficie de su celestial influencia.

Dura fue la guerra contra el comunismo en España. No había cuartel para los católicos. La

suerte de los prisioneros era dura y angustiosa. También ellos participaron, sin embargo, de la solicitud del Santo. Las cartas que en este sentido se escribieron son consoladoras.

Un militar escribía: «Iba a caer prisionero; me vi rodeado de fieros comunistas; pero recé un Padrenuestro a San Antonio y me vi libre sin saber cómo.»

Otro decía: «Después que estaba prisionero y sentenciado a muerte, invoqué a San Antonio y me perdonaron la vida.»

Un tercero afirmaba: «Estaba en la cárcel, esperando ser fusilado y San Antonio me salvó la vida porque le prometí una novena.»

Otro, por fin, aseguraba: «Pedí al Santo me protegiera en el momento que me llevaban a ser fusilado y paró el piquete que me iba a ejecutar, diciendo que había recibido contraorden. Sin duda, la influencia del Santo cambió la voluntad de los dirigentes en favor mío.

¡Un paso al frente!

El siguiente milagroso suceso acaeció en un cuartel de Infantería. No diré nombres ni tampoco dónde sucedió. El hecho prodigioso es tal como sigue:

—¡Cabo segunda, un paso al frente! ¡Art!...

—¡¡Cuádrese!!

—¿Conque usted ha sido el ladrón que ha sustraído la cartera al recluta Chirivella?

—Mi capitán, yo no he sido.

—Eso dicen todos los «cacos» como usted. ¡Sargento, condúzcalo al calabozo!

Y al calabozo fue Antoñete. El cabo fue blanco de la inquina y miradas de todos. ¡Cualquiera se fía!... ¡También los cabos! ¡Bueno está el patio!

Quién iba a suponer que fuese otro el culpable, si él, únicamente él, estaba con el recluta. La escena fue fácil reconstruirla: Chirivella dormía tranquilamente y el otro que velaba, alargó su mano y... ¡zas!, veinticinco pesetillas que cambian de poseedor. ¡Un juego de manos!, y para un soldado un buen pasar unos días.

—¡Un, dos! ¡Un dos!... ¡Media vuelta! El Cabo Antoñete marcaba el paso como los buenos, camino del cuarto oscuro.

Antoñete no tenía abogado en la tierra que probara su inocencia; él había dicho que no era, pero todos los detalles y circunstancias decían que sí era. El Cabo recurre a un abogado del cielo: ¡San Antonio bendito, échame una mano, que éstos me pelan y me apalean, ya la tengo encima, tú sabes que soy inocente...

—¡Un, dos!... ¡Un, dos!... ¡Paso ligero!...

El Sargento fue llamado por un peón albañil de una obra próxima. Mi Sargento, le dice, si busca al soldado Autúnez, está en el Bar Rosaleda.

—¡Y qué tengo yo que ver con eso! A los militares en tiempo de servicio no se les para, ¿me entiende usted?

—Sí le entiendo; pero es que antes de ir de estampida, escondió en la arena... ¡eso... usted verá!

—¿Que yo veré? Lo verás tú. Escarba ahora mismo donde haya sido.

El peón albañil removió la arena y no halló más que una cartera deshecha y destripada.

El Sargento da la voz de mando.

¡Cabo segunda! Hacia el Cuartel, ¡de frente!
¡Art!

Habían pasado pocos instantes de la primera llamada y esta segunda formación de la tropa. El Capitán está ahora que parece que va a dar un estallido. Se ha almorzado, sin duda, un curso de Castelar y está que revienta...

¡Soldados! (ya en tono brillante). Hace unos momentos castigábamos al Cabo segunda por haber sustraído una cartera. Ahora se han encontrado los restos de ella. ¿Los reconoce el recluta Chirivella?

—Sí, mi Capitán.

—¿La reconoce usted, soldado Autúnez?

—Sí, mi Capitán. Fue una mala idea.

—¿Luego usted ha sido el ladrón, no el Cabo segunda?

—Sí, mi Capitán, yo he sido.

—Pues que no se vuelva a repetir. A la próxima el castigo será severo.

—Y, usted, Cabo segunda: espabile a ese mostrenco antes que vaya al calabozo.

Antoñete estaba libre del apuro y de la ver-

guenza que antes pasara, ¿para qué iba a vengarse de nadie?

—No, Capitán, ya tiene bastante con la vergüenza que está pasando. Antes fui yo, ahora es él. Yo le pedí a San Antonio que me librara de este apuro y ha probado mi inocencia. Ya estoy servido.

Antoñete, desde esta fecha, lleva en su cartera una bendición del Paduano y pendiente de su cuello una medalla de su libertador.

IV

San Antonio
protector de los hogares
cristianos



Feliz alumbramiento

En el «Libro de los milagros» —obra de autor anónimo, pero extracto fiel de la de Wadingo— se narra la confianza que puso en Fr. Antonio una distinguida matrona, rogándole intercediera por ella, para que el Señor le proporcionara feliz alumbramiento. Entonces el siervo de Dios, enternecido por el ruego de la que iba a ser madre, la consoló dulcemente y profetizó diciendo: «Regocíjate; porque tendrás un hijo que dará mucha gloria a la Iglesia. Será Fraile Menor y morirá mártir por Cristo».

Tal predicción tuvo exacto cumplimiento. Al tener la edad precisa, ingresó el hijo en la Orden Franciscana, con el nombre de Fr. Felipe. Fue fiel a su vocación religiosa y mereció ser misionero entre los mahometanos, por cuya evangelización trabajó incansable, hasta ser encerrado en un lóbrego calabozo. Condenado con otros muchos cautivos, pidió ser el último en el suplicio, con el fin de alentarlos en tan doloroso trance. Todos ellos murieron mártires y el último Fr. Felipe, con el cual se ensañaron particularmente los sarracenos, cortándole brazos, piernas y lengua, en distintos tiempos, antes de darle el golpe de gracia, que separó su cabeza del tronco.

Una joven se casa por intercesión de San Antonio

—Érase una vez en un pueblecillo de Italia... En un pueblo de un valle, jugoso y verde, cerca de Padua... Cecilia había perdido, en poco tiempo, sus padres y sus dineros. Huérfana y pobre, no tuvo más herencia ni poseía más tesoro que su virtud y su bondad. Cecilia era menuda, delgada, airosa. Al reír, mostraba unos dientecillos uniformes y apretados, en una boca ancha y fresca. Era morena, de facciones correctas, bien proporcionada y un mirar apacible, ungido de candor y de sencillez.

Y aquel día Cecilia se encontró sola, espantosamente sola, y sin un pedazo de pan para comer.

Pero allá, en su hogar humilde, le sonreía San Antonio, en su capillita ingenua y casera.

—San Antonio bendito... Sálvame de esta situación. ¡Que tenga que comer! ¡Que no esté sola!

Y la delicada niña descubrió con asombro que San Antonio le sonreía y le entregaba un papel.

Un papel doblado en varios dobleces y con unas señas conocidas y claras: las señas de un platero vecino.

Cecilia fue a verle inmediatamente. El platero era un hombre joven y guapo, sencillo y poderoso.

—¿Qué te trae por aquí, pequeña?

—Esta carta, señor...

Abrió el papelito. Era una nota sin firma, que decía: «Entregue a la dama tanto oro como pese este papel...»

El platero indagó:

—¿Quién te ha entregado este papel?

—¡San Antonio, señor!

Sonrió el joven.

—Eres lista, no cabe duda, y voy a complacerte entregándote la limosna que tan delicadamente me pides.

Y puso el papelito en un extremo de la balanza, y en el otro colocó una monedita de dos reales, más que suficiente para ir inclinado hacia ella el peso de la balanza.

Pero su estupor, su asombro, su espanto fue grande, al ver que el papel pesaba más.

Y puso en el otro extremo de la balanza un duro, y dos, y cuatro... ¡Nada!

Cuando en el platillo contrario al papel maravilloso hubo exactamente trescientos doblones, la balanza se inclinó suavemente hacia el lado del dinero.

Entonces recordó el platero, hombre creyente y cristiano, que hacía tiempo había prometido a San Antonio una limosna por esa cantidad exacta, promesa que por disculpable olvido no había satisfecho. Vio en ello la intercesión milagrosa de un poder sobrenatural. Exclamó con emoción:

—Toma, niña... Ahí va lo que pesa ese papel... ¡Dáselo a tu madre!

La niña lo miró con congoja infinita:

—¡No tengo madre, señor!

El platero sintió que algo dulcemente inefable le embriagaba el alma:

—Vete, pobre niña, a tu casa... Yo iré por ti... Para que no estés sola.

En efecto. Unos días más tarde el platero se casaba con la huerfanita, que ya no estuvo nunca más sola... Cuando poco tiempo después le preguntaban curiosos, sus amigos, cómo había conocido a su esposa, decía alegremente:

—¡Las cosas de San Antonio! ¡No hay quien pueda con el Santo! Pidió la niña no estar sola, y fui yo el elegido para acompañarla... ¡Todo lo consigue San Antonio, gloriosísimo intercesor cerca de Dios y de su Santa Madre!

Otro casamiento por mediación de San Antonio

Vivía en Portugal una pobre viuda con su hija. Ésta era de alguna edad y deseaba casarse; pero por su pobreza no hallaba partido, a pesar de su honradez y buena presencia. Acudía a la oración y se encomendaba a todos los santos, ayunaba y se entregaba a otras obras de piedad, pero no lograba lo que deseaba. Le aconsejaron que acudiese a San Antonio, y comenzó el Trece-nario con gran confianza, esperando ser atendida. Había llegado el último día, y, al ver que no había obtenido nada, entró en tal desconfianza, que, airada contra el Santo, se levantó, y cogiendo la estatua de que se había provisto para el

ejercicio de los Trece Martes, despechada, la arrojó por la ventana. San Antonio, empero, no la abandonó en su furor. Cayó la estatua sobre la cabeza de un caballero, que a la sazón pasaba por la calle, pero como era de yeso, no hizo más que estropearle un poco el sombrero. Furioso, subió al piso, y, muy resentido, pidió satisfacción de la ofensa. La madre de la muchacha le refirió lo sucedido con todas sus circunstancias, y rogó al caballero que le dispensase aquel arrebató en su desgraciada suerte.

Quiso el caballero ver a la muchacha, y, sin duda, por inspiración de San Antonio, viendo que era agraciada, sin cuidarse de su pobreza, llamó aparte a la madre y le dijo que, si la joven consentía, no tenía inconveniente en casarse con ella. El caballero era arquitecto y tenía buena fortuna, y la joven consintió en la propuesta, y a los pocos días efectuaron el matrimonio. La joven reconoció en San Antonio al libertador de su desgracia y lo veneró como a su protector.

San Francisco y San Antonio libran a una devota suya del suicidio

En Serpo (Portugal) vivía un matrimonio, y el marido daba tan mala vida a la mujer, que llegó a poner las manos sobre ella. Aburrida del trato de su marido, determinó quitarse la vida y concluir de una vez las miserias de este mundo. Ausente el marido, cuando ella estaba preparando las cuerdas para ahorcarse, llamaron

a la puerta con mucha fuerza. Suspendió la ejecución, bajó a abrir y vio que eran dos religiosos que pedían hospitalidad por amor de Dios para aquella noche. La mujer era muy devota, y compadecida de su necesidad, los admitió y dio de cenar, tratándolos con regalo. Les preguntó de dónde venían y quiénes eran. Y ellos dijeron que venían de regiones extrañas y distantes, y que se llamaban Fray Francisco y Fray Antonio.

«—Con más gusto os serviré, porque soy muy devota de San Francisco y de San Antonio, y ojalá que yo pudiese merecer de ellos que se compadeciesen de mis trabajos y me librasen de ellos.» «—Pues, ¿qué le pasa, señora? Si algo podemos, pronto estamos para remediarla; y ya que con la comunicación se halla alivio en las penas, díganos qué le pasa.» «—Padres, tengo un marido que, además de vivir con escándalo, faltando a sus obligaciones de casa, me trata con tanta crueldad, que me pone en gran desconsuelo, y aborrezco hasta la misma vida, de suerte que, si hubiesen tardado un poco más en llegar, me la hubiera quitado con este lazo.»

La reprendieron con blandura el delito, y le dijeron que aquello era ardid de Satanás para hacerla desgraciada después de los trabajos de esta vida. Le recomendaron paciencia y que pidiese perdón a Dios de sus culpas, y esto le granjearía gran mérito en esta vida y en la otra, el premio. La mujer se acongojó, y, compun-

gida, reconoció su culpa, y ofreció confesar cuanto antes su pecado. Cuando le pareció que era hora de retirarse a descansar, les destinó el cuarto con sus camas arregladas, y ella se retiró al suyo, sintiendo en su interior un cambio maravilloso. Los santos Francisco y Antonio aparecieron al marido, le descubrieron su mala vida, amenazándole con la ira de Dios si no se corregía y enmendaba. Le dijeron que habían librado a su mujer del peligro en que la tenía su desesperación a causa de la mala vida que le daba; pues estaba resuelta a quitarse la vida aquella misma noche, si ellos no hubiesen acudido a librarla. «—Ve a tu casa y hallarás aún los cordeles con que quería poner fin a su vida, si nuestra piedad, agradecida a su fe y devoción, no hubiese acudido a evitar tan triste y terrible fatalidad.» El marido, asombrado, corrió a casa y halló todas las señales que le habían dado; y la mujer, atónita con la declaración de su marido, fue a ver los huéspedes y halló las camas compuestas, sin señal alguna de cómo ni por dónde habían salido. Ambos se confesaron y vivieron en adelante en paz y concordia y devotos de los santos y de su Orden.

Recobra la salud ante el sepulcro del Santo

En 1894, en Lamón, pueblecito de Italia, vivían dos esposos, Constante Bea y María Fachín, a quienes Dios probara su paciencia. La

esposa padecía una enfermedad en la espina dorsal, hacía siete años, y, según dictamen de los médicos, era incurable. Viendo Constante agotados todos los medios humanos y sin esperanza de conseguir la salud de su esposo, lleno de confianza acudió a San Antonio, pidiendo lo que los hombres no podían dar. Con grande sacrificio llevó a su esposa al sepulcro del Santo, en Padua. Ambos consortes oyeron una misa ante el altar del Taumaturgo, que hicieron celebrar. Al llegar el sacerdote a la consagración, cuando elevaba ya la Hostia bendita, sintió la enferma como una lluvia de rocío celestial, que se esparció por todo el cuerpo. Animada con tan benéficos síntomas, se determinó a levantarse, y un señor que estaba a su lado se ofreció a prestarle auxilio, dándole las muletas, mas ella, llena de fe y confianza respondió: «Ya no las necesito: mi Santo Protector me ha concedido la salud más completa». Así fue; la fama de este hecho se propagó rápidamente por toda la ciudad de Padua y todos a una proclamaban el maravilloso poder de San Antonio.

Tragedia de una casa flotante

«El liberal» de Osorno (Chile), del 15 de agosto, después de recordar que las crecidas de los ríos en aquel departamento han sido sin ejemplo desde la época de la reconstrucción de Osorno en 1896, crecidas que han ocasionado grandes pérdidas en propiedades y en animales

domésticos, narra el siguiente episodio de una casa habitada, arrancada de sus cimientos por las aguas del río Rahue.

«La casa del Sr. Rosiel se la había llevado el río Rahue, con catorce personas, las cuales se salvaron milagrosamente de una muerte inevitable.

El miércoles tuvimos oportunidad de conversar con Fructuoso Blanco, uno de los tripulantes de la nave-casa, quien nos refirió lo ocurrido, poco más o menos como sigue:

Encontrábanse en casa de D. Ramírez, habitada por Isaías Alarcón y su familia, compuesta de siete u ocho niños pequeños, Alejo Cárcamo y varias otras personas que por ahora no recuerdo sus nombres.

Desde que cerró la noche del sábado, nadie durmió un momento por motivo de que el río comenzó a llenar de una manera rápida; pero nosotros jamás creíamos que podría suceder un hecho semejante.

En cuanto se hundió el primer piso, nos trasladamos al tejado y desde allí, con un palo largo medíamos si crecían o bajaban las aguas.

De momento en momento la desesperación aumentaba en nuestros corazones, máxime cuando veíamos que ya se acercaba nuestro fin, pues faltaba muy poco para que el agua nos alcanzase.

En medio de estos afligimientos y como buenos cristianos, rezamos con toda devoción unos cuantos «Rosarios» a San Antonio.

Serían las tres de la madrugada del domingo; sentimos un pequeño remezón, que lo atribuimos a un temblor y ¡grande fue nuestra sorpresa al comprender que la casa avanzaba cual si fuera una débil barquilla flotando a merced de la corriente!

Es imposible pintar el terror, la confusión, llantos, gritos, lamentos en esas circunstancias, serias y tristes, que, mientras viva, jamás se olvidarán de mi memoria.

La oscuridad de la noche y la hora desfavorable en que nos encontrábamos, sin amparo de ningún género, nos hacía pensar sólo en la muerte y no en nuestra salvación.

Pocas varas más abajo, la casa tomó la corriente del río y no bien habíamos andado navegando un poco más, dio un fuerte tropezón contra un árbol, dividiéndose la casa en dos pedazos.

La suerte nos favoreció: Alarcón con su familia quedó en una parte, y yo y las demás gentes en la otra.

Había ratos en que las dos embarcaciones se separaban hasta media cuadra una de otra, y hubo veces en que se juntaban por un corto tiempo.

A los desgarradores gritos, acudió en nuestro auxilio con un bote un empleado del Sr. Stein, quien fue a salvarnos de donde habíamos quedado atajados entre unos árboles.

En cuanto nos pusimos a salvo, fuimos con el

bote en busca del Sr. Alarcón; y cual no fue el asombro al encontrarle sobre unos membrillos.

Seguimos adelante con la embarcación y alcanzamos a la familia de este señor que aún permanecía sobre las aguas.

Al juntarnos todos, casi llorábamos de alegría al saber que todos estábamos vivos.

En conclusión: Fuimos salvados por Dios por intercesión de San Antonio, a quien quedamos reconocidos por toda la vida».

San Antonio y el masón

Lloraba desconsolada una joven esposa porque su esposo acababa de revelarle un secreto. El nombre de su querido esposo estaba inscrito en una logia masónica. Aumentaba el desconsuelo de la pobrecita la circunstancia de que pronto iba a ser madre.

Pobre hijo, se decía, sin bautismo, sin primera Comunión... Así se lo había asegurado su esposo.

Toda desconsolada acudió a San Antonio, redobló sus oraciones y le ofreció una limosna para sus pobres.

Semanas muy contadas habían pasado cuando se le presentó un día su esposo muy regocijado y alegre. Tembló la joven esposa, pues tales alegrías acostumbraban a ser para ella nuevos actos de hostilidad a la Religión.

—Querida mía, hoy vas a tener un día muy

feliz. He borrado mi nombre de las listas masonicas; ya no pertenezco a la masoneria; tienes libertad absoluta para educar cristianamente a nuestros hijos.

El milagro se habia obrado. Fue penetrando la luz de la fe en aquel corazon y a los pocos dias exclamaba: «¿Cómo he podido yo vivir tanto tiempo engañado?»

Dias mas tarde, una senora oraba fervorosamente arrodillada ante el altar de San Antonio de la Alhambra (Burdeos) y depositaba luego su obolo en el cepillo del Pan de los Pobres. Era la joven esposa y madre que daba gracias a San Antonio por su dichosa suerte debida al Santo de los milagros.

V

Las flores y
San Antonio



Los lirios de San Antonio

El lirio o la azucena es símbolo de la pureza y porque así como el más ligero contacto empaña esa flor cañidísima, así toda culpa —aunque leve— afea la pureza del alma.

A los Santos que se distinguieron durante su vida por su inocencia, se los representa con esta flor en los brazos, en las manos o junto a sí.

A San Antonio de Padua no sabríamos conocerle si no viéramos sus imágenes con el lirio o con el divino Jesús, lirio de los valles, que se recrea entre lirios. Es que San Antonio conservó el candor virginal toda su vida y, si el lirio o azucena es la representación de la virtud de la pureza, no podía faltarle este fragante símbolo.

Y parece que San Antonio siente predilección por el lirio y cómo se goza de ver sus imágenes con esta flor y sus altares adornados con las azucenas, que recuerdan a las gentes el deber de amar y conservar a toda costa la delicadísima virtud de la pureza. Hasta tal punto que a tan bellas y blancas flores del campo se las llama lirios de San Antonio.

La devoción de los lirios de San Antonio es antiquísima, aunque en la liturgia eclesiásti-

ca aparezca casi nueva. En 1680, en el pueblo de Mantasca de Agesso, le quitaron al Santo de las manos la flor o lirio artificial, sustituyéndole por uno natural recién tomado del jardín. Dejaron esta flor en manos de San Antonio después de la fiesta y por todo un año se conservó la azucena fresca, como si acabaran de cortarla, con el mismo aroma que se percibía en toda la iglesia.

En Marcase de Sicilia sucedió otro caso singular. Expulsados los franciscanos por la revolución, la gente acudía a la iglesia el trece de junio. Terminada la fiesta, se cerró la iglesia, olvidando retirar las flores del altar. Transcurrido largo tiempo, volvieron a la iglesia y encontraron marchitas todas las flores, menos los lirios y las azucenas que rodeaban la imagen de San Antonio. Toda la ciudad acudió a ver el prodigio y las gentes se llevaron como reliquias los frescos y aromáticos lirios de San Antonio.

El pueblo cristiano tiene veneración especial al lirio de San Antonio porque, además de estar convencido de que con ello complacen al glorioso Taumaturgo de Padua, han visto en él un símbolo de protección y auxilio que el Santo de los Milagros otorga en favor de sus devotos que le suplican su valimiento para conservarse en tan apreciada virtud.

Aumentóse de un modo extraordinario esta veneración porque San Antonio ha utilizado algunas veces estas flores como instrumento pa-

ra conceder favores y obrar milagros. Recuérdese el siguiente caso. Una señora de Montreal (Canadá), tomó el hábito de religiosa en el Convento de Nuestra Señora de los Angeles de Asís (Italia), y se llamó Sor Margarita de Santa Clara.

Con motivo de una fundación en América, hubo de embarcarse y no bien llegó a Nueva York, cuando sintió un pequeño dolor en la lengua, que fue aumentando insensiblemente. Llamado un especialista, declaró que se trataba de un cáncer maligno y que era indispensable la operación.

Ante tal augurio, Sor Margarita recurrió a Dios, suplicándole, por intercesión de San Antonio, que le socorriese. Súbitamente la buena Hermana se acordó que tenía un pétalo de un lirio bendecido en la fiesta de San Antonio y aquella noche, antes de acostarse (era la víspera del día señalado para la operación) estuvo algún tiempo en fervorosa oración y luego se aplicó el pétalo a la lengua, en el sitio donde tenía el cáncer.

Al día siguiente, al levantarse, ¿cuál no sería su sorpresa y alegría al ver que tenía la lengua completamente sana? Cuando el doctor especialista, que no era católico, llegó para practicar la operación, quedó sorprendido al ver que ni señal quedaba del cáncer. La Hermana le dijo que San Antonio la había curado. El doctor ratificó que semejante caso no podía realizarse sino por un milagro.

El milagro de la azucena de San Antonio

A poca distancia de Teatino Foggi, se levanta majestuosamente la iglesia de Santa María de la Asunción, donde los fieles en gran número piden gracias y favores a la Santísima Virgen.

Un año, con ocasión de las grandes fiestas que se celebraban en aquel templo, concurrió una muchedumbre de fieles, superior a la de los años anteriores, ansiosa especialmente de presenciar el milagro de la azucena de San Antonio, que se renueva allí todos los años.

He aquí en qué consiste el milagro.

En esta iglesia, muy rica de estatuas célebres y pinturas de hombres famosos, se halla también una estatua de San Antonio, puesta en hermosa hornacina.

Todos los años, al principiar la novena del Santo, un grupo de fieles lleva una azucena y se la coloca al Santo en la mano izquierda.

A los pocos días, como es natural, la azucena se pone mustia y se seca; pero poco antes de la fiesta, 13 de junio, vuelve a aparecer otra vez fresca, lozana y olorosa, como si la hubieran traído entonces del jardín.

Este fenómeno o milagro, se repite todos los años desde 1892. Nadie, hasta ahora, ha podido explicarse semejante fenómeno.

El alcalde, de acuerdo con el arcipreste, quiso hacer una prueba con gran solemnidad y en presencia del pueblo, a fin de comprobarlo más claramente.

Tomó tres azucenas y las colocó en manos de las estatuas de San Antonio, San Roque y San Gabriel de la Dolorosa, que se encuentran en la misma iglesia y en hornacinas distintas.

Luego puso sellos en las vitrinas, de manera que nadie pudiese renovar ni tocar siquiera dichas azucenas.

Pues bien, la azucena de San Antonio fue la única que se mantuvo fresca y llena de vida y lozanía, mientras las otras dos se secaron completamente.

El pueblo vitorea y aplaude el milagro y en la iglesia nunca faltan fieles que piden gracias y favores al Santo.

Flores que reverdecen

Existe en cierto pueblecito de Cataluña una preciosa imagen de San Antonio, que tiene la particularidad de estar sin el Niño Jesús. El motivo es el siguiente:

Era en la época gloriosa y trágica de la francesada. En uno de los pueblos de la montaña catalana, reinaba ese silencio que es presagio del terror, pues había cundido la noticia de que un destacamento de las tropas francesas se dirigía allí con la intención de arrasarlo, como lo habían hecho con otros muchos. Los habitantes, no obstante comprender que la lucha iba a ser enormemente desigual, se lanzaron al campo, defendiendo con heroísmo sin igual sus

hogares y sus vidas. Mas, por fin, tras varias horas de encarnizada pelea, logran los invasores apoderarse del pueblo, saqueándolo y arrojando al fuego todos los muebles y utensilios domésticos.

En una de esas infortunadas casas, sometidas al saqueo e incendio, veíase en un nicho de la pared la imagen de San Antonio de Padua con el Niño Jesús en los brazos. La dueña, sencilla y piadosa mujer, la había adornado en el verano con florecitas del campo, las que, a la sazón, estaban no sólo marchitas, sino secas como paja, pues habían transcurrido seis o siete meses desde que fueron puestas en la mano de la bendita imagen. A sus pies rezaba la pobre aldeana, regando el pavimento con sus lágrimas, e implorando la protección del Santo de los milagros.

Frente al umbral de la puerta veíase la hoguera encendida y a los soldados franceses, yendo y viniendo y entregando a las llamas los muebles y objetos del piso bajo. La mujer continuaba llorando y orando. No habiendo ya más objetos que destruir, suben precipitadamente la escalera, penetran en la habitación y uno de ellos, más atrevido, coge la imagen para conducirla a la hoguera. La pobre mujer da un grito de angustia y de lo íntimo de su corazón ruega más fervorosamente a San Antonio, pidiendo le socorra. Bajaba el soldado la escalera con su preciosa carga y, al hallarse junto al umbral de la puerta, ve con espanto reverdecer en

un momento aquellas flores que el Santo tenía en la mano, y quedar tan frescas y olorosas como si entonces se acabaran de coger. Aterrorizado, aparta la imagen con un movimiento brusco e involuntario, y el Niño Jesús cae de los brazos de San Antonio a las llamas, en donde no tardó en ser consumido.

Más y más espantado, devuelve la imagen del Santo a su primitivo lugar, y se retira sin causar molestia alguna a los moradores de la casa. Cunde la voz del prodigio y el ejército enemigo huye de la población, salvándola así San Antonio de una horrible catástrofe.

Esta es la historia de esa milagrosa y singular imagen y ese es el motivo de estar en ella San Antonio sin el Niño Jesús.

VI

San Antonio en el tiemblo (Avila)



El milagro del molino

Antiguamente existían en El Tiemblo, a orillas del Alberche, algunos molinos de harina, estando situado uno de ellos en el sitio llamado El Moral, como a unos dos kilómetros de El Tiemblo y dentro de su término. El molinero se llamaba Tiburcio García, y su esposa, Teresa Sánchez.

Este matrimonio tenía, el año 1860, un niño de tres años llamado Felipe, al que las gentes pusieron, después, el apodo de «el nene», y el cual murió, en El Tiemblo, a la edad, aproximada, de 60 años.

El día 4 de octubre del citado año de 1860, se hallaba Teresa lavando la ropa a la puerta del molino, mientras el niño jugaba bajo su vigilancia.

Cerca de ellos estaba el cauce por el que corrían las aguas que ponían en movimiento el molino, sin que en él hubiera valla alguna que sirviera para evitar un accidente.

Por esto la molinera estaba siempre atenta a los movimientos del niño a fin de evitar que se cayera al cauce.

Mas, en un momento en que se distrajo, el

niño fue hacia él, y, cuando la madre volvió la cabeza, vio que el niño caía ya en el agua, causándole el hecho la impresión que es de suponer.

Como muy devota que era de San Antonio, lo primero que hizo fue invocarle, pidiéndole la salvación de su hijo, e inmediatamente llamó a su marido diciéndole: ¡Tiburcio, Tiburcio, cierra la compuerta! ¡Que se ha caído el niño al cauce!

Al oír el molinero a su mujer, pensó que toda precaución era ya inútil, pues, dada la extraordinaria velocidad de la corriente, era lógico que el agua hubiera lanzado al niño contra el rodete, y éste le hubiera destrozado instantáneamente. Por esto contestó a su mujer: «¡Bueno estará el niño a estas horas!»

Sin embargo, bajó la compuerta, lo más rápidamente que pudo, y descendió a la cámara, donde creía encontrar los restos de su hijo.

Pero, cuál no sería su sorpresa al hallar que el cuerpo de éste no había llegado al rodete, y que, aunque privado del conocimiento, el niño estaba vivo y sin lesión alguna.

Le recogió y entregó a su mujer que, entregoza y afligida, le quitó las ropas mojadas y, envolviéndole cuidadosamente, le llevó a casa de su hermano Roque Sánchez, posadero de El Tiemblo y establecido en la calle de San Antonio (donde hoy está su hija Inés) para que allí fuera asistido por el médico de la villa.

Al poco tiempo recobró el sentido, y, a las

preguntas que le dirigieron, respondió entre otras cosas: «Que no había tenido miedo, porque un fraile, muy bueno, le había acompañado».

Todos pensaron entonces que este fraile no era otro que San Antonio y, cuando el niño estuvo en condiciones, le llevaron a la ermita para dar gracias a Dios y al Santo por el favor recibido y, cuál no sería su sorpresa cuando, al ver el niño a San Antonio, exclamó: «¡Este es el fraile que ha estado conmigo en el rodete!»

Todos bendijeron a Dios y a su Santo intercesor y divulgaron por el pueblo tan extraordinario suceso.

El arriero del mulo cojo

Un arriero iba a Torrijos (Toledo) por aceite y, al pasar por El Tiemblo, entró en la ermita de San Antonio para dar una limosna al Santo, pero no halló el bolsillo. Siguió su viaje confiado en que allí le fiarían y, a la vuelta, entró de nuevo en la ermita para orar.

Al salir, notó que uno de los mulos cojeaba y afligido por este nuevo contratiempo, se fue de nuevo al Santo, diciendo: «No sólo he perdido el bolsillo, sino que también un mulo se me ha desgraciado».

Al decir esto, tuvo la idea de levantar la pata del mulo, hallando el bolsillo sujeto a ella, sin que le faltara ni un solo centavo.

La tormenta temerosa

En ocasión de haber una terrible tempestad, la gente se recogió en la ermita de San Antonio, llevando cada uno la cera que pudo para que ardiera delante del Santo, rogándole alcanzase, de Dios, serenidad.

En tanto vieron que la imagen se levantaba en alto y que su rostro sudaba abundantemente, y que una argolla de oro que tenía al cuello, palpitaba hacia arriba.

Entonces, don Diego de Uceda, presbítero, cogió unos algodones y secó el sudor del Santo, cesando al momento la tempestad.

Una porción de estos algodones se han hallado, hasta hace poco, en poder del señor Cura párroco, conservados como preciosa reliquia.

El niño que cayó del tejado

Un niño travieso de El Tiemblo se subió al tejado de la Casa Ayuntamiento para coger un nido de vencejos, y cayó al suelo, quedando muerto en el acto, según todos los vecinos del pueblo.

Le envolvieron en una sábana (como era costumbre entonces) y le cortaron la mortaja.

Llevaba ya más de siete horas, y estaban disponiendo el entierro. El padre marchó a la ermita de San Antonio a ofrecer a Dios su hijo y a pedir al Santo que solicitara de Él la vida

de su niño, pues tenía una fe muy grande en la influencia del ruego de San Antonio.

Apenas hubo acabado la oración, cuando el niño apartó la sábana en que le habían envuelto y salió a jugar con otros muchachos, con el consiguiente asombro y regocijo de todos.

El tullido de San Martín y el toro escapado

Sucedió en San Martín de Valdeiglesias, junto a El Tiemblo.

Estaba este señor, tullido, y se hizo llevar a El Tiemblo en unas andas, para asistir al novenario que se hacía anualmente en la ermita de San Antonio, a fin de rogarle intercediera cerca del Señor por su curación.

El día último, vísperas de la fiesta, salió, arrastrando, como pudo, a una cruz de piedra que hay delante de la ermita. Estando allí, en las escalerillas que rodean la cruz, oyó decir que venía un toro escapado de los que habían de lidiarse con motivo de la fiesta, y, lleno de miedo, encomendóse a San Antonio.

Al punto salió corriendo y se refugió en la ermita, completamente curado de su enfermedad.

Le refería yo este milagro a un amigo, sentado en un banco, y había un señor a nuestra espalda que, al oírlo, me interrumpió diciéndome:

—Perdone usted; pero eso podría ser un ca-

so de autosugestión. Yo he conocido una curación semejante en una mujer baldada que se hallaba sentada a la puerta de su casa presenciando el alegre juego de sus hijos y, al ver que uno de ellos se encontraba amenazado de ser atropellado por un auto, que se acercaba velozmente, saltó de su asiento y se avalanzó sobre su hijo para retirarlo del peligro, quedando curada de su inmovilidad.

—Ciertamente, ocurren casos como el que usted refiere —le respondo—, pero en el que he citado no parece que fuera así, por mediar la intención del paciente y la invocación a San Antonio. Además, este mismo sujeto recibió más tarde otro gran favor que no puede atribuirse a esa causa, y que le voy a explicar.

La siembra quemada en San Martín

El tullido de que he hablado antes, agradecido al santo por su curación, iba todos los años a El Tiemblo, la víspera y el día de la fiesta, a pedir limosna para el culto de San Antonio en la ermita de dicho pueblo.

Un año, encontrándose cercano a la muerte, encargó a un hijo suyo que siguiera su costumbre, cosa que éste venía cumpliendo con regularidad. Pero un año, hallándose la víspera con sus segadores en la Dehesa de Navas del Rey, a cuatro leguas de El Tiemblo, se acordó de que tenía que ir a pedir y, encomendando al

Santo el cuidado de la cosecha y los segadores, cogió un caballo y marchó a El Tiemblo.

Al volver, se encontró con que la siembra que dejó segando se había quemado hasta la mitad de la caña; pero no las espigas. Y, trillándolo, sacó de ellas más grano que de la siembra que no se había quemado, como premio a su cumplimiento.

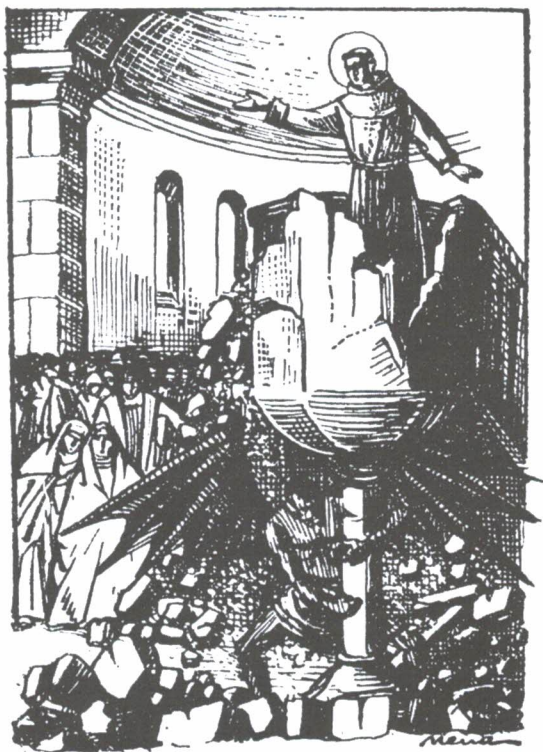
—¿Qué le parece a usted? —le digo al señor que nos había interrumpido antes— esto no podrá atribuirse a la autosugestión.

—Claro está que no —me responde—, ¿pero está usted seguro de que se trata de un hecho auténtico? ¿No será producto de la exageración popular?

—No lo creo probable, pues Felipe III, enterado de estos prodigios, lo mismo que el señor Obispo de Ávila, ordenaron que se abriera una información sobre ellos, resultando perfectamente comprobados.

VII

San Antonio
vencedor del maligno espíritu



San Antonio ahuyenta al diablo con la señal de la cruz

Ya desde muy pequeño fue objeto San Antonio de la persecución del demonio.

Parece que, temeroso de la gran obra del Santo, quería acabar con él.

Era de pequeño, San Antonio, monaguillo en la Catedral de Lisboa. Estaba de canónigo en la misma Catedral un tío del Santo, que se complacía sumamente en que su sobrino le ayudara la Santa Misa. Cierta día en que Fernando, San Antonio, se dirigía devotamente a cumplir su oficio, se le apareció, cortándole el paso, el demonio. No se asustó el tierno niño, sino que, arrodillándose en tierra, hizo sobre el pavimento una gran cruz.

A la vista de ella, huyó cobardemente el diablo y ¡oh prodigio!, quedó grabada en el duro mármol, para eterna memoria, la cruz que con su tierno dedo había trazado el santo niño.

Descubre San Antonio una patraña diabólica

En cierto pueblecito en que predicaba San Antonio se vio entrar durante el sermón en la

iglesia a un mensajero que preguntaba, en voz alta, por una buena mujer que allí estaba. Una vez que la halló, le entregó una carta en la que se le comunicaba la muerte de su único hijo. La pobre mujer, al tener noticia del hecho, cayó desvanecida, originándose tal alboroto que parecía ser necesario interrumpir la predicación. Mas Antonio, comprendiendo que era todo una patraña del maligno espíritu, levantó la voz y dijo: «Hermanos, escuchad: esa noticia es completamente falsa y el que la ha comunicado es el demonio en persona que tiembla ante los buenos frutos de la palabra de Dios». Casi al mismo instante apareció en la puerta el hijo que todos creían muerto, no sabiendo nadie dar noticia alguna del infausto mensajero.

Otros dos casos que demuestran el poder de San Antonio sobre Satanás

Disponiéndose el Santo Taumaturgo para predicar en San Junien, anunció que se caería el púlpito en que predicaba; pero que no seguiría de esto desgracia alguna, a pesar de los esfuerzos de Satanás y de sus malas artes. Se cumplió exactamente la predicción: el púlpito se hundió con estrépito al comenzar el sermón, pero sin que nadie sufriese lesión alguna.

En la Abadía de Solignac había un pobre monje que, como San Pablo, era abofeteado por el demonio con el estímulo de la lujuria,